

mond lo estorbó tenazmente. — Evitemos esas despedidas, me dijo, las mujeres se consuelan siempre mejor cuando están solas. — No podía yo entender aquella dureza con su hermana, tan opuesta á la inalterable bondad de mi amigo, y me separé de él al otro dia con una especie de encogimiento que hizo ménos tierna nuestra despedida. ¡ Ah ! ; si hubiese adivinado el sentimiento delicadísimo que le impedía consentir que me aprisionase su hermana, no creyéndola á propósito para hacerme feliz; sobre todo si hubiese previsto los acaecimientos que nos iban á separar para siempre ! mis adioses habrían satisfecho su alma y la mia.

---

## CAPITULO II

Cesó Osvaldo de hablar durante algunos momentos; y Corina escuchaba su narracion con tanta ansia que tambien calló, temiendo dilatar el instante de que volviese á proseguir. — ¡ Seria feliz, continuó, si mi trato con madama de Arbigny hubiese acabado entónces, si hubiese permanecido al lado de mi padre, y si jamas hubiera pisado otra vez el suelo de Francia ! Pero la fatalidad, esto es, mi ca-

rácter débil, acaso ha emponsoñado para siempre mi vida, sí, para siempre, querida amiga, aun estando junto á vos.

Pasé cerca de un año en Escocia con mi padre, y nuestro recíproco cariño se hizo cada dia mayor, penetré en el santario de aquella alma celestial, y encontré en el afecto que me unia con él aquellas simpatías de la sangre, cuyos vínculos misteriosos dependen de todo nuestro ser. Recibia cartas de Raimond llenas de ternura, contándome las dificultades que hallaba para trasladar sus riquezas, y venir á juntarse conmigo; pero su perseverancia en este intento era siempre la misma. Yo tambien le amaba; mas ¿ qué amigo podia comparar á mi padre ? El respeto que me inspiraba, no perjudicaba á la confianza, sus palabras eran para mí oráculos, y las vacilaciones que por desgracia tiene mi carácter cesaban al momento que abria él los labios. *El cielo nos ha hecho*, dice un escritor inglés, *para amar todo lo venerable*. Mi padre no ha sabido, no ha podido saber cuánto le amaba, y mi fatal conducta debió hacerle dudar de mi cariño. Sin embargo tuvo compasion de mí; le di lástima al morir por el dolor que me causaria perderle. ¡ Ah ! Corina, voy adelantando en esta triste relacion, sostened mi valor, bien lo necesito. — Querido amigo, le dijo Corina, sentid algun placer en mostrar vuestra alma, tan noble y tan sensible, delante de quien mas os admira y ama el mundo.

Envióme por sus negocios á Lóndres, prosiguió lord Nelvil, y le dejé para no verle mas, sin que ningun interior estremecimiento me avisase semejante desgracia. En nuestras últimas conversaciones se mostró mas amable; parece que el alma de los buenos exhala, como las flores, un olor mas subido al acercarse la noche. Me abrazó saltándosele las lágrimas; decíame á veces que en su edad todo era solemne, pero yo confiaba de su vida como de la mia; nuestras almas se entendian tan bien, y era tan jóven para amar, que no me acordaba de su ancianidad. La confianza y el temor son inexplicables en los sentimientos; y mi padre me acompañó esta vez hasta el mismo umbral de la puerta de su palacio, de aquel palacio que despues he visto desierto y asolado como mi triste corazon.

No hacia ocho dias que estaba en Lóndres, cuando recibí de madama de Arbigny la fatal carta, cuyas palabras he conservado fielmente en mi memoria: « Ayer, diez le agosto, ha perecido mi hermano en las Tullerías defendiendo á su rey: me hallo proscripita, como hermana suya, y precisada á buscar asilo para ocultarme, y escapar de las manos de mis perseguidores. El conde Raimond tenia reunido todo mi caudal con el suyo para remitirle á Inglaterra: ¿le habeis ya recibido, ó sabeis á quién le ha confiado para que os le entregase? No tengo mas que una línea de su mano, escrita desde el mismo palacio, en el instante de saber que se disponian para

atacarle; y en ella me dice me dirija á vos para que me entereis de todo. Si pudiéseis venir á llevarme. quizá me salvaríais la vida; porque los Ingleses viajan todavía libremente por Francia, y yo no puedo lograr pasaporte; el nombre de mi hermano me haria sospechosa. Si la desventurada hermana de Raimond os interesa bastante para venir á buscarla, sabreis dónde me he retirado por mi pariente Mr. de Maltigues, en Paris; pero si teneis la generosa intencion de favorecerme, no perdais momento en verificarlo, porque segun dicen va á declararse la guerra entre nuestros dos países. »

Figuraos el efecto que produjo en mí esta carta. Mi amigo asesinado, desesperada su hermana, y su caudal, segun decia, en mis manos, aunque no tenia la mas leve noticia de ello: añalid á estas circunstancias el peligro de madama de Arbigny, y la idea de que podia salvarla de él, yendo á buscarla. No me pareció posible vacilar; y partí al instante, enviando á mi padre un correo que le llevase la carta, y la promesa de que ántes de quince dias estaria de vuelta. Por una cruel casualidad, el hombre á quien envié cayó malo en el camino, y la segunda carta que escribí de Douvres llegó á manos de mi padre ántes que la primera. Así supo mi partida, sin tener noticia de la causa, y cuando llegó la explicacion habia concebido una zozobra que ya no se desvaneció.

Llegué á Paris en tres dias, y me dijeron que

madama de Arbigny se habia retirado á una ciudad de provincia á sesenta leguas; por lo cual seguí mi camino para llegar donde estaba. Los dos nos sentimos profundamente conmovidos al volvernos á ver; ella en su desgracia era mucho mas amable, porque mostraba mas franqueza y ménos artificio en sus modales. Llorámos juntos á su noble hermano, y las públicas desventuras. Preguntéle con afan sobre su caudal, y me respondió que nada sabia; pero de allí á pocos dias supe que el banquero, á quien le habia confiado el conde Raimond, se lo habia vuelto; y lo mas extraño fué que lo supe por un negociante de la ciudad donde nos hallábamos por casualidad, el cual me añadió que madama de Arbigny nunca tuvo motivo fundado para recelar. Quedé confuso, y me encaminé á casa de madama de Arbigny para pedir la explicacion de todo esto: encontré allí á un pariente suyo, Mr. de Maltigues, quien me dijo con notable serenidad y prontitud acabada de llegar de Paris para traer á madama de Arbigny la noticia de la vuelta del banquero que pensaba habia marchado á Inglaterra, y de quien nada supo en un mes. Madama de Arbigny confirmó cuanto él decia, y la creí, acordándome, empero, que siempre halló pretextos para no enseñarme el supuesto billete de su hermano; he conocido despues se habia valido de un ardid para ponerme en recelo de su caudal.

Por lo ménos, ciertamente era rica, y en su deseo

de ser mi esposa no tenia parte motivo alguno de interes; pero la gran falta de madama de Arbigny era hacer una empresa de su cariño, usar de astucia cuando bastaba amar, y disimular continuamente cuando hubiera sido mejor manifestar con sencillez lo que sentia. Entónces me amaba cuanto puede amar quien combina lo que hace, y casi lo que piensa, y quien gobierna las relaciones del corazon como si fueran intrigas políticas.

La tristeza de madama de Arbigny aumentaba sus exteriores atractivos, y le daba cierta expresion tierna que me agradaba en extremo. Habiale declarado formalmente que no me casaria sin consentimiento de mi padre; pero no podia contenerme en demostrarle los movimientos que excitaba en mí su figura seductora; y como su intencion era aprisionarme á cualquier precio, me pareció no la veia firmemente determinada á negarse á mis deseos; y ahora representándome lo que pasó entre nosotros, se me antoja que vacilaba por motivos ajenos del amor, y que sus aparentes combates eran deliberaciones secretas. Estaba todo el dia á sólas con ella: y á pesar de la delicadeza de mis propósitos no pude resistir á mis impulsos, y madama de Arbigny me ligó con todas las obligaciones al concederme todos los derechos. Mostróme mas dolor y remordimiento que acaso tenía, y me unió estrechamente á su suerte con su mismo arrepentimiento. Quería llevarla conmigo á Inglaterra, hacer que mi padre la

conociese, y suplicarle consintiese en nuestra union; pero ella rehusaba salir de Francia sin ser mi esposa. Quizá en esto tenia razon; mas sabiendo de antemano que yo no podia determinarme á darle la mano sin permiso de mi padre, se valia de malos medios para no partir, y para detenerme, á pesar de las obligaciones que me llamaban á Inglaterra.

Mi deseo de abandonar la Francia se avivó mas, luego que se declaró la guerra entre ambas naciones, y tambien se multiplicaron los inconvenientes por parte de madama de Arbigny. Ora no podia lograr pasaporte, ora si queria partir solo, me aseguraba quedaria comprometida en Francia; porque despues de mi partida sospecharian que mantenía correspondencia conmigo. Aquella mujer tan suave, tan comedida, se entregaba á veces á arrebatos de desesperacion que trastornaban enteramente su alma; usaba de los atractivos de su semblante y de las gracias de su entendimiento para agradarme, y de su dolor para hacerme temer.

Acaso no debieran las mujeres mandar en nombre de las lágrimas, y sojuzgar así la fuerza con su debilidad; pero cuando no reparan en valerse de este medio, casi siempre tienen feliz éxito, á lo ménos por algun tiempo. Verdad es que la sensibilidad se enflaquece por el mismo imperio que se usurpa sobre ella, y que el poder del llanto, si se ejercita mucho, entibia la imaginacion; pero habia entonces en Francia mil ocasiones de reanimar el

nteres y la piedad. La salud de madama de Arbigny parecia tambien cada dia mas delicada: y la enfermedad es asimismo para las mujeres un medio terrible de dominar. Las que no tienen como vos, Corina, una justa confianza en su entendimiento y en su alma, ó las que no son, como nuestras Inglesas, tan altivas y tan tímidas que no pueden fingir, recurren al arte para enternecer; y lo mejor que entonces debe esperarse de ellas, es que su artificio sea originado por un sentimiento sincero.

Otra tercera persona tenia parte, sin saberlo yo, en mi trato con madama de Arbigny; Mr. de Maltigues, agradábale, y deseaba ser su esposo, pero su inmoralidad meditada le hacia indiferente á todo; gustaba de la intriga como de un juego, aun careciendo de interes en el fin, y auxiliaba á madama de Arbigny en el deseo que tenia de unirse conmigo, dispuesto á frustrar este proyecto si se le ofrecia ocasion de lograr el suyo. Aquel hombre me causaba aversion: apenas tendria treinta años, y sus modales y su aspecto eran sumamente secos. En Inglaterra, donde dicen que somos frios, no he visto cosa comparable á la seriedad de su semblante, cuando entraba en un aposento: ni le hubiera tenido por Frances, á no ser por su inclinacion á las burlas, y por su necesidad de hablar, muy reparable en un hombre cansado al parecer de todo, y que reducía semejante disposicion á sistema. Pretendia haber nacido en extremo sensible y entusiasta; pero que

el conocimiento de los hombres en la revolucion de Francia le habia desengañado : advirtió, decia, que en este mundo no hay nada bueno sino las riquezas ó el poder, ó las dos cosas juntas, y que las amistades en general debian considerarse como medios oportunos ó inoportunos, segun las circunstancias. Era bastante diestro en la práctica de esta opinion y solamente erraba en decirlo; mas aunque no tenia, como los Franceses de otros tiempos, deseo de agrandar, le quedaba la necesidad de hacerse notable en la conversacion, y por conseguirlo cometia mil imprudencias; harto diferente en esto de madama de Arbigny, que se afañaba por lograr su fin; pero no se descubria, como Mr. de Maltigues, procurando brillar con la inmoralidad misma. Lo mas extraño en estos dos sujetos, era que la mas viva ocultaba bien su secreto, y el hombre circunspecto no sabia callar.

Tal cual era, Mr. de Maltigues dominaba de un modo singular á madama de Arbigny, adivinaba todos sus pensamientos, ó ella se los confiaba, porque acaso aquella mujer, habitualmente disimulada, necesitaba de cuando en cuando hacer una imprudencia, como para descansar; lo cierto es, que si Mr. de Maltigues la miraba con ceño, siempre se turbaba; si se mostraba descontento, se levantaba para hablarle aparte; si se iba enfadado, se encerraba casi al momento para escribirle. Yo no extrañaba este ascendiente de Mr. de Maltigues con madama de Arbigny; la conocia desde niña, y go-

bernaba sus negocios desde que ya no tenia otro pariente mas cercano; pero la causa principal de aquellos miramientos particulares era el proyecto que habia formado, y supe demasiado tarde, de darle su mano, si yo la dejaba; porque de ninguna manera quería pasar por una mujer despreciada. Semejante resolucion debiera persuadir no me amaba, y sin embargo, la única razon que podia tener para preferirme era el amor; mas toda su vida habia mezclado el cálculo con la pasion, y las presunciones facticias de la sociedad con los afectos naturales. Lloraba, porque se sentia conmovida; pero tambien lloraba, porque así se causa enternecimiento : gozabase en ser amada, porque amaba; pero tambien porque esto da aprecio entre las gentes; tenia buenos sentimientos, cuando estaba sola; pero no la contentaban si no podia hacerlos provechosos á su amor propio ó á sus deseos. Era una criatura formada por y para el trato, y que poseia el arte de exagerar la verdad tan frecuente en los países donde el ansia de sobresalir con los sentimientos es mayor que los sentimientos mismos.

Nada sabia de mi padre hacia mucho tiempo, porque la guerra interrumpia nuestra correspondencia. Al fin recibí una carta por un conocido, en que me mandaba partiese en nombre de mi obligacion y de su cariño, declarándome formalmente que si me casaba con madama de Arbigny, le daria un disgusto mortal, y pidiéndome á lo ménos volviese

libre á Inglaterra, y no me determinase hasta haberle oído. Respondíle al punto, dándole mi palabra de honor de no casarme sin su consentimiento, y asegurándole que presto iria á acompañarle. Madama de Arbigny se valió primero de los ruegos, despues de la desesperacion para detenerme, y por último, viendo no lo conseguia, creo recurrió al ardid: pero ¿cómo lo habia yo de sospechar en aquel tiempo?

Una mañana entró en mi aposento sin color, descompuesto el cabello, y se arrojó á mis brazos suplicándome la amparase; parecia que iba á espirar de terror. Apénas pude comprender entre su agitacion que habia llegado la órden para prenderla, como hermana del conde Raimond, y que era forzoso le buscasse un asilo para libertarla de sus perseguidores. En aquellos mismos dias habian perecido algunas mujeres, y todos los temores parecian naturales. Llévела á casa de un negociante amigo mio; la oculté allí creyendo salvarla, y solo Mr. de Maltigues y yo sabíamos su retiro. ¡Quién no se interesa por una mujer en semejante situacion! ¡Quién se ha de apartar de una persona proscripta! ¡En qué dia, en qué instante podrá decirle: — Habis contado con mi favor, y yo os le niego! — No obstante, la memoria de mi padre me perseguia de continuo, y muchas veces procuré lograr que madama de Arbigny me permitiese ausentarme; pero me amenazó con que se entregaria, si la dejaba, á

sus asesinos, y dos veces en medio del dia se salió de casa, en un horroroso enajenamiento que me llenó de pena y de temor. Seguía á la calle, suplicándola volviese; y por fortuna, por casualidad, ó por combinacion siempre encontramos á Mr. de Maltigues, quien la acompañó demostrándole cuán imprudente era su conducta. Entónces me resigné á quedarme, y escribí á mi padre, disculpándome cuanto pude; pero me afrentaba de hallarme en Francia, en medio de tan espantosos acontecimientos, y declarada la guerra con mi patria.

Mr. de Maltigues solia burlarse de mis escrúpulos; pero á pesar de su ingenio no preveia, y no se detenía á observar el efecto de sus burlas, porque excitaban mas en mí todos los sentimientos que procuraba desvanecer. Bien notaba madama de Arbigny esta impresion; mas no tenia dominio en Mr. de Maltigues, que casi siempre se determinaba por capricho, si le faltaba interes: recurria para entermecerme á su dolor verdadero, y á su dolor exagerado; valíase de la flaqueza de su salud tanto para agradar como para conmovér, porque nunca era mas preciosa que cuando se desmayaba á mis piés: sabia hermostear su belleza como todo lo demas de sus atractivos, y sus mismas gracias exteriores estaban hábilmente combinadas con sus movimientos para aprisionarme.

Así vivia siempre agitado, siempre vacilante, temblando al recibir una carta de mi padre, mas

esgraciado cuando no la recibia, detenido por mi inclinacion á madama de Arbigny, y sobre todo por miedo á su desesperacion; porque haciendo una mezcla extraña, era la criatura mas moderada en la serie regular de la vida, la mas igual, y aun á veces la mas festiva; pero violenta en un arrebato hasta el último extremo, queria encadenar con la felicidad y con el temor, y siempre trasformaba su natural para acomodarle á sus intentos. Un dia, en el mes de setiembre de 1793, cuando hacia mas de un año que estaba en Francia, recibí carta de mi padre concebida en pocas palabras; pero tan melancólicas y tan dolorosas, Corina, que es fuerza me permitais no deciros las; me darian demasiado pesar. Ya estaba enfermo, mas no me lo manifestó: impidiéronselo sin duda su delicadeza y altivez; empero toda su carta demostraba tanto sentimiento de mi ausencia, y de la posibilidad de mi union con madama de Arbigny, que no comprendo cómo, al leerla, no preví la desventura que me amenazaba. Sin embargo, mi conmocion bastó para no vacilar mas, y fui á ver á madama de Arbigny con firme intencion de despedirme de ella. Al punto conoció mi resolucion, y recogiénose en sí misma, se levantó de repente, y me dijo: — Antes de partir es menester sepáis un secreto que me sonrojo de declararos. Si me abandonais, no me dareis la muerte á mí sola; perecerá conmigo el fruto de mi oprobio, y de mi delincuente amor. — Es im-

posible explicar lo que sentí; aquella obligacion sagrada, aquella obligacion nueva, se apoderó de toda mi alma, y quedé sometido á madama de Arbigny como el mas humilde esclavo.

Hubiera sido su esposo, como ella queria, á no encontrarse tantas dificultades para que un Inglés se uniese con una Francesa, declarando como era preciso su nombre al magistrado civil. Dilaté, pues, nuestro enlace hasta que pudiésemos ir juntos á Inglaterra, y resolví no separarme de madama de Arbigny entretanto: al pronto se sosegó, perdiendo el temor de mi próxima partida; pero luego volvió á sus quejas, y á suponerse unas veces ofendida, y otras desgraciada, porque yo no vencia todos los inconvenientes para darle mi mano. Al fin hubiera cedido á su voluntad; habíame acometido la mas profunda tristeza; pasaba los dias enteros en mi aposento, sin poder salir de él; ocupábame todo una idea que jamas queria confesarme á mí mismo, y que me perseguia sin cesar: presentia la enfermedad de mi padre, y rehusaba creer mi presentimiento, pareciéndome debilidad. Por un resultado extraño del temor que me causaba el despecho de madama de Arbigny, combatia mi deber como si fuese una pasion; y lo que hubiera podido creerse una pasion, me atormentaba como un deber. Madama de Arbigny me escribia continuamente para que fuese á su casa; iba, y cuando la veia, no le hablabla de su situacion, porque no me agradaba re-

cordar los derechos que le daba sobre mí: ahora me parece que ella tambien me hablaba ménos que debia de este asunto; pero en aquel tiempo padecia yo demasiado para advertir cosa alguna.

En fin, una vez que habia estado sin salir tres dias, devorado de remordimientos, escribiendo veinte cartas á mi padre, y rasgándolas todas, vino Mr. de Maltigues, á quien no solia ver, porque no nos agradábamos, comisionado por madama de Arbigny, para sacarme de mi soledad; pero muy poco cuidadoso, segun vais á notar, del éxito de su embajada. Advirtió al entrar, ántes de que pudiese ocultarlo, que tenia el rostro bañado en llanto. — ¿De qué sirve esa afliccion, querido mio? me dijo: dejad á mi prima, ó casaos con ella, ambos partidos son igualmente buenos, pues que dan fin á todo. — Hay, le respondí, situaciones en la vida, en que aun sacrificándonos no acertamos á cumplir con todas nuestras obligaciones. — Nadie debe sacrificarse, replicó Mr. de Maltigues; yo por mí no pienso sea necesario hacerlo en ningunas circunstancias: con habilidad se sale de todo; ella es la reina del mundo. — No envidio la habilidad, le dije; pero quisiera por lo ménos, lo repito, resignándome á no ser feliz, no afligir á quien amo. — Creedme, repuso Mr. de Maltigues, no mezeleis con esta difícil obra, que llaman vivir, el sentimiento que mas la complica; es una enfermedad del alma, y tambien yo la padezco á veces, como cualquiera;

pero cuando me acomete, digo entre mí: ella pasará, y siempre cumplo lo que digo. — Mas le contesté, procurando como él no salir de las ideas generales, porque no podia ni queria manifestarle ninguna confianza, aun cuando se lograra extinguir el sentimiento, quedarian siempre el honor y la virtud, que se oponen frecuentemente á nuestros deseos de todas clases. — ¡El honor! replicó Mr. de Maltigues: ¿entendeis por honor reñir si á uno le insultan? en tal caso, no hay duda alguna; pero bajo todos los demas respectos, ¿qué interes tendriamos en dejarnos esclavizar por mil delicadezas vanas? — ¡Qué interes! interrumpí yo; me parece no es esa la voz oportuna. — Hablando con seriedad, prosiguió Mr. de Maltigues, hay pocas de sentido mas claro: ya sé que en otros tiempos decian: *Una honronsa desgracia, un glorioso reves*; pero hoy que todos son perseguidos, así los bribones, como los que se ha convenido en llamar hombres de bien, no hay en este mundo mas diferencia que entre los pájaros que han caido en la red, y los que han volado. — Yo creo en otra diferencia, le contesté, la prosperidad despreciada, y el infortunio estimado de las gentes honradas. — Buscadme, pues, replicó Mr. de Maltigues, buscadme esos hombres honrados que os consuelen de vuestras penas con su animoso aprecio; al contrario, me parece que la mayor parte de los que ostentan virtud, si sois feliz os disculpan, y os aman si sois pode-

roso. Ciertamente es en vos muy digno de alabanza no saber oponeros á un padre que debiera dejaros ya dueño de vuestras acciones; pero no por eso habeis de perder aquí la vida de todas maneras: yo por mí, quiero á toda costa excusar á mis amigos la desazon de verme padecer, y ahorrarme yo el espectáculo del triste rostro del consuelo. — Pensaba, interrumpí con viveza, que el fin de la vida de un hombre honrado, no era la felicidad, solo útil para él, sino la virtud provechosa para los demas. — ¡ La virtud, la virtud!... dijo Mr. de Maltigues, vacilando un poco, y determinándose luego, es un idioma para la plebe, que los augures no pueden hablar entre si sin reirse. Hay almas buenas á quienes todavía conmueven ciertas voces, ciertos sonidos armoniosos, y para ellas se toca el instrumento; pero toda esa poesía de fidelidad y de entusiasmo, se ha inventado para consolar á los que no han podido progresar en el mundo; viene á ser como el *de profundis* que se canta á los muertos: los vivos cuando están en prosperidad no pasan mucho cuidado de conseguir esa especie de obsequio.

Irritáronme de tal suerte estas palabras, que no pude dejar de responderle con altivez: — Sentiria, si tuviese algun dominio en casa de madama de Arbigny, admitiese en ella á un hombre que manifiesta semejante modo de pensar y de explicarse. — En cuanto á eso, cuando llegue el tiempo, respondió Mr. de Maltigues, determinareis lo que mejor os

pareciere, mas si mi prima toma mi consejo, no será esposa de un hombre que tanto se aflige por la posibilidad de este enlace: há mucho tiempo, ella puede deciroslo, le reprendo su flaqueza, y los medios de que se vale para conseguir un fin que no lo merecè. — Al oir esta contestacion, ma; insultante por el tono con que la dió, hice seña á Mr. de Maltigues de que viniese conmigo; por el camino, debo decirlo, proseguia desenvolviendo su sistema con la mayor serenidad, y pudiendo morir de allí á un instante, no hablaba una palabra religiosa ni sensible. — Si yo hubiese dado en vuestras simplezas de jóvenes, me decia, ¿ os parece no me habria desengañado lo que pasa en mi país? ¿ Cuándo habeis visto que sirviese para nada ser escrupuloso? — Es verdad, respondí, en vuestro país sirve ahora un poco ménos que en otras partes; pero con el tiempo, y mas allá del tiempo, todo tiene su recompensa.

Pensé por el camino que si moria en mi lid con Mr. de Maltigues, no habia tomado precaucion alguna para informar de mi suerte á mi padre, ni para dejar á madama de Arbigny parte de mi hacienda á que la juzgaba acreedora. Miétras yo hacia estas reflexiones, pasámos por delante de la casa de Mr. de Maltigues, y le pedí licencia para subir á escribir dos cartas; convino en ello, y cuando volvimos á andar para salir de la ciudad, se las entregué, y le hablé de madama de Arbigny con sumo

interés, recomendándosela como á un amigo en quien tenia confianza. Esa demostracion le conmovió, porque en honor de la virtud, es fuerza observar que los hombres mas descaradamente osados en la inmoralidad se complacen infinito cuando les dan una muestra de estimacion: á la verdad, las circunstancias en que nos hallábamos eran bastante graves para causar alguna alteracion en Mr. de Maltigues; pero como por cuanto hay en el mundo no habria querido que se advirtiese, dijo burlándose estas palabras, tal vez dictadas por otro sentimiento mas serio.

— Sois una criatura apreciable, querido Nelvil, y me determino á hacer por vos una accion generosa, porque dicen que esto da ventura; en efecto la generosidad es prenda tan pueril, que debe encontrar su recompensa mas bien en el cielo que en la tierra. Pero ántes de servirlos, es menester establezcamos nuestras condiciones: á pesar de cuanto os dijere, no hemos de dejar de reñir. — Respondile con un consentimiento muy desdeñoso, segun creo, porque la precaucion oratoria me pareció, por lo ménos, inútil; y Mr. de Maltigues prosiguió con tono seco y desenfadado — Madama de Arbigny no os conviene; vuestros caractéres no tienen ninguna semejanza; vuestro padre sentiria en extremo tal matrimonio, y vos sentiríais en extremo disgustarle: mejor es, pues, que si vivo, sea yo quien se case con madama de Arbigny, y si muero tambien

será mejor se case con otro; porque mi prima, como persona de suma prevision, aun cuando ama, toma juiciosas precauciones por si acaso dejasen de amarla. Veréislo en sus cartas; os las dejo despues de mi muerte, y las hallareis en mi gaveta bajo esta llave. Conozco á mi prima desde que nació, y ya sabeis que aunque es misteriosísima no me oculta ninguno de sus secretos: cree no digo sino lo que quiero, y en efecto nada me exalte; mas tampoco hago caso de muchas cosas, y juzgo que nosotros los hombres debemos, en punto á mujeres, decirnoslo todo. Al fin, si muero, será por la sin par belleza de madama de Arbigny, y aunque estoy pronto á perecer por ella, no le agradezco mucho el favor de la situacion en que me ha puesto su doble trato. Con todo, no es seguro me mateis; — y acabando esta palabras, llegámos fuera de la ciudad, sacó sus espada, y se afirmó.

Habia hablado con singular viveza, y yo estaba confuso de lo que me habia dicho. La proximidad del riesgo, sin alterarle, le animaba mas, y yo no podia adivinar si inventaba una falsedad ó revelaba la verdad por vengarse. Sin embargo, en esta incertidumbre, miré mucho por su vida, porque tenia mucho ménos destreza que yo, y habria podido pasarle diez veces el corazon; pero me contenté con herirle en el brazo y desarmarle. Mostróse agradecido, y al acompañarle á su casa, le acordé la conversacion que precedió á nuestro combate.

Dijome entónces: siento haber faltado á la confianza de mi prima: el peligro es como el vino, embriaga; mas al fin me consuelo, porque no habriais sido dichoso con madama de Arbigny; es demasiado astuta para ser vuestra compañera. A mí me es indiferente, pues aunque me parece preciosa, y me agrada infinito su talento, jamas hará cosa alguna en mi daño, porque el matrimonio unirá nuestros intereses; mas vos que sois novelesco, hubiérais sido juguete suyo. En vuestra mano ha estado matarme; os debo la vida; por tanto no puedo negaros las cartas que os prometí despues de mi muerte. Leedlas, partid para Inglaterra, y no os den mucho cuidado las penas de madama de Arbigny: llorará, porque os ama; pero se consolará, porque es mujer bastante cuerda para no querer ser desgraciada, y mucho ménos que piensen lo es. De aquí á tres meses, será madama de Maltigues. — Cuanto me decia era cierto, como lo probaron aquellas cartas, por las cuales me convencí de que madama de Arbigny no se hallaba en la situacion que fingió declararme con rubor para obligarme á no partir, y que sobre este punto me habia engañado de un modo indigno. Me amaba, en verdad, pues lo decia en las mismas cartas á Mr. de Maltigues; mas le lisonjeaba con tanto arte, le dejaba tanta esperanza, y mostraba por complacerle un carácter tan diverso del que siempre me habia manifestado, que no pude dudar lo contemplaba con intencion de ser su esposa, si no lo era mia. ¡ Esta

era, Corina, la mujer que me ha privado para siempre de la paz del corazon y de la conciencia!

Le escribí al tiempo de irme, y no la volví á ver; y como Mr. de Maltigues lo predijo, despues he sabido que es su esposa. Pero me hallaba muy ajeno de pensar en la desgracia que me esperaba; creía conseguir el perdon de mi padre; estaba seguro de que diciéndole cómo me habian engañado, me amaría mas, porque me tendria por mas digno de compasion. Despues de viajar mas de un mes, noche y dia por en medio de Alemania, llegué á Inglaterra lleno de confianza en la inagotable bondad de un padre. ¡ Ay, Corina, al desembarcar me notició un periódico que mi padre ya no existia! Veinte meses han pasado desde aquel momento, y siempre está delante de mí como un fantasma que me persigue. Las letras que formaban estas palabras: *Lord Nelvil acaba de morir*, arrojaban llamas; el fuego de ese volcan es menos horroroso. Ni es esto tódo: supe habia muerto profundamente afligido de mi mansion en Francia, temiendo renunciase á la carrera militar, me casase con una mujer, de quien no tenia buen concepto, y que estableciéndome en un país que estaba en guerra con el mio, perdiese del todo mi opinion en Inglaterra. ¿ Quién sabe si no abreviaron sus dias estos dolorosos pensamientos? Corina, Corina, ¿ no soy un asesino, no lo soy, decídmelo? — No, exclamó ella, no, solo sois desgraciado, la bondad, la generosidad os arrebataron; os respeto á la par